

EL PALLARS

(PIRINEO CATALAN)

Estábamos dando fin a la primera parte turística de la excursión colectiva y todos sentíamos la comezón de la andadura. Mientras el coche ascendía con gran trabajo las empinadas rampas del puerto, de regreso del Valle de Arán, un pequeño grupo trataba de ganar adeptos para la hazaña que según el amigo Pablo resultó gran «tartarinada». Intentábase realizar la travesía completa Puerto de la Bonaigua-Lago de San Mauricio... y en media jornada. La discusión deslizábase sobre el equipaje a transportar y aunque más de uno se inclinaba hacia la reducida bolsa de costado, vencieron al fin los precavidos que optaban por cargar con casi toda la impedimenta, en la que incluíanse dos tiendas de campaña y suficiente comestible.

Cuando a la una y media del mediodía, el resto de la expedición descendía en el coche hacia Espot, donde esperaban las caballerías y guías que los conducirían hasta el lugar de la acampada general en el Lago de San Mauricio, nuestro pequeño grupo emprendía la marcha cargado con unos morrales dignos de los más robustos porteadores, por un itinerario, escasamente frecuentado y sobre todo desconocido, ya que el camino normal para alcanzar el Lago de San Mauricio desde el Valle de Arán, es el que partiendo de Tredós asciende a la región lacustre de Saburedo y cruza a la vertiente española por el puerto de la Ratera. Tanto las aguas de Saburedo, como las de su inmediato Gerbé, transcurren paralelamente en dirección S. N., separadas tan solo por una esbelta crestería, que desde los 2.325 y 2.467 metros del Peulla y Mare de Deu respectivamente, ascienden hasta unirse con el macizo principal, formando una gran T invertida. Las primeras dan origen al río Ruda que más tarde engrosará las del francés Garona y las del Gerbé forman el Bonaigua, vertiéndolas luego al Noguera Pallaresa —alimentador de los pantanos de Tremp— en las cercanías de Esterrí de Aneu.

Nuestro primer pensamiento fué realizar la marcha a media ladera, para no perder ninguno de los dos mil y pico metros del puerto, mas nuestras intenciones hubieron

de modificarse al comprobar poco después, que las torrenteras hacían penoso y peligroso la continuación de esta ruta. Con propósito de encontrar mejor itinerario descendiendo hasta el hermoso pinar por donde pasa el camino normal de la Virgen de Arén al Estany Gerbé, haciendo señales a mis compañeros de haberlo localizado y continuando hacia arriba hasta alcanzar un pequeño lago, en la seguridad de que habiendo captado mis señales, vienen a mi zaga.

Consumida una espera más que prudencial y sospechando hayan doblado la crestería para alcanzar el camino de Saburedo, me apresuro a continuar la marcha, llegando a otro lago algo mayor y más tarde a las inmediaciones del Gerbé, dejando a la izquierda el camino que conduce al mismo y ascendiendo hacia la crestería con ánimo de ganar algún punto desde donde otear el otro valle y a mis perdidos amigos. La pendiente es harto dura para mi voluminoso morral, la marcha se hace cada vez más penosa y las fuerzas comienzan a flaquearme. Con gran trabajo alcanzo unas pequeñas charcas sobre el lago Gerbé, bajo el espolón de la cota 2.749. A la derecha, una pequeña depresión me hace sospechar un posible punto vulnerable y a él me dirijo con el ansia de dominar lo que entonces creía el Valle de San Mauricio o del río Escrita. Por fin medio extenuado, alcanzo el collado y... desolación, la crestería continúa a la izquierda hasta unirse con unos grandes picos que más tarde me los identificaron por los de Basiero, Amitges y Saburedo y que son los que me cerraban el paso al deseado valle. A la derecha, más distanciado, el puerto y Pico de la Ratera, y a mis pies, como un foso infranqueable a mi fatiga, el más alto de los lagos de Saburedo, el Estany Gelou, salvajemente bello, enmarcado en un verdadero caos de roca. Entonces comprendí que me sería imposible ganar la nueva barrera y descender a la otra vertiente antes de la puesta del sol. Necesitaba reparar mis fuerzas y examinar la situación. Así, pues, decidí hacer vivac al amparo de unas rocas, a pocos metros de la

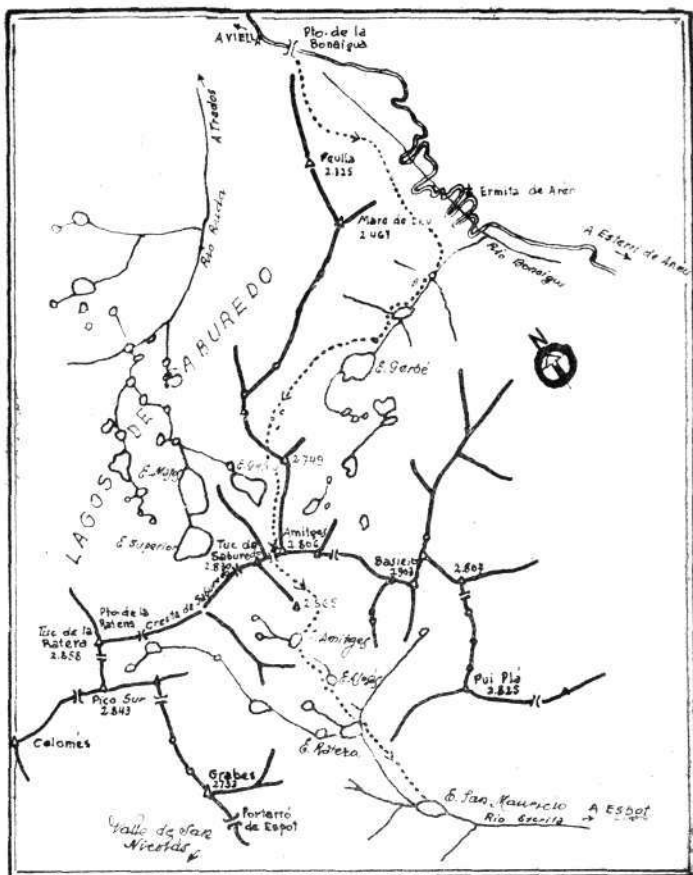
cima de los Amitges. Junto a mis compañeros, a los que suponía ya en San Mauricio, quedaban las dos tiendas, los comestibles, los planos y los imprescindibles útiles de la acampada.

Después de mil combinaciones para encender una pequeña hoguera, me acomodo en el saco, vestido con cuantas prendas dispongo, pero todo inútil, porque el viento sopla cada vez con más fuerza y el frío se va penetrando. Recién anochecido y cuando las estrellas lucen en todo el macizo, advierto el resplandor del rayo por el Pirineo Aragonés. Pronto, mucho antes de lo sospechado, descargan en mis inmediaciones las avanzadillas de este ejército potente y escandaloso que amenaza con abatir mi pequeño cobijo. Como complemento, agua, niebla y total oscuridad. ¡Cuánto agradecí el olvidado impermeable del fondo de la mochila!

* * *

Han pasado las interminables horas de esta noche y aunque el amanecer se presenta de iguales características, decido aventurarme entre la niebla antes de quedar completamente entumecido. Por entre grandes bloques de piedra asciendo hasta la cresta azotada por helado viento, siguiendo por ella hasta dominar después de breve escalada la cima de los Amitges, y desde allí los inconfundibles bosques de pinos y abetos de la región de San Mauricio.

Por una pendiente pedrera consigo llegar al lago de los Amitges, que asienta bajo el Tuc de Saburedo. Bordeándolo por su margen izquierda alcanzo el comienzo de la cascada que se desploma sobre el lago de Llosás del cual me separa un fuerte desnivel. El descenso es bastante accidentado, mas aunque la ladera es casi vertical, tiene magníficos agarres en el numeroso arbolado que la cubre. Luego es ya un maravilloso paseo entre el bosque cada vez más tupido. El camino ladea el lago Ratera y pronto aparece el de San Mauricio y al fondo los inconfundibles farallones de los Encantats. Muy en-



trada la mañana diviso las primeras tiendas de campaña y poco después puedo leer los familiares nombres euzkéricos de las nuestras.

A las primeras preguntas me doy cuenta de que mis compañeros aún no han llegado. Luego me enteraría que Luis M.^a Arnaiz e Ignacio Manzarbeitia llegaban al mediodía al puerto de la Ratera, después de haber pasado la noche en las charcas superiores del Gerbé, a poco más de una hora de mi improvisado vivac. Celso Negueruela y Pablo Zurimendi acamparon junto al lago y regresaron a la carretera para subir a San Mauricio desde Espot. Desde luego, las circunstancias mandaron y hubo que aceptar los hechos tal y como se presentaron, pero no recomiendo a nadie estas aventuras en solitario.

* * *

... San Mauricio. Para describir este maravilloso lugar, serían precisas unas excepcionales cualidades literarias. Por ello solo recomendaré con gran insistencia vuestra próxima visita. ¡Es tan difícil encontrar lugar tan bello y apacible!

Por la noche, al calor de las hogueras, se brindó por tan feliz jornada. Volvieron a evocarse episodios de la montaña y comenzaron los cánticos... Nuestro cronista, poeta y magnífico montañero, D. Esteban Calle Iturrino, nos obsequió con varias de sus composiciones poéticas y nos contó la leyenda de los Encantats y el sueño anticipado que su imaginación forjara en aquella noche pirenaica. Como sospecho ha de interesarles, transcribiré lo que él nos contó:

«El fóculo habitual se convirtió en hoguera y en torno a ella nos congregamos todos. Se cantó y se danzó evocando a nuestro amado terruño. La boruca duró hasta media noche, y la luna, que, próxima al plenilunio apareció en el valle de Monastero, a espaldas de los Encantats, iluminó la báquica escena.

«Nos recogimos en las tiendas con el cuerpo propicio al sueño, pero a un sueño con pesadillas. La mía fué, por fortuna, poética. La leyenda de los Encantats, recogida por Verdaguer en su poema «Canigó», adquirió vida fantástica en mi desazonado duermela. Como el gran poeta catalán es mi poeta épico predilecto, tras las escenas del «Canigó» evoqué las de la «Atlántida», y del matrimonio surgió una leyenda del lago tan quimérica,¹⁷ pero tan sugestiva como las otras. Relataré primero la de los Encantats, por si Vds. no la conocen.

«Se celebraba la tradicional romería de San Mauricio en las proximidades del lago. Todos los habitantes de Espot se congregaron en la ermita con fervor religioso; dos cazadores, desertando de la piadosa fiesta, escalaban la montaña persiguiendo a los sarríos. Sus siluetas se recortaron en la cumbre en el momento en que la gente rodeaba al sacerdote que elevaba sus preces al Altísimo. Enojado por aquella falta de devoción clamó al cielo. Se oscureció repentinamente el sol y una pavorosa nube envolvió la montaña. Brilló un relámpago cegador y retumbó el trueno. Un sopló huracanado dobló los pinos y abetos del bosque. Se oyó un fragor horrísono y se derrumbaron piedras enormes. La conmoción telúrica duró solo segundos. Tornó a lucir el sol, y cuando la muchedumbre se volvió a la montaña, vió con estupor en la cumbre, separados por una brecha que había abierto el rayo, las inmóviles pétreas figuras de los dos cazadores encantados.

Y he aquí la leyenda que mi agitado sueño forjara:

«El Pirineo es la tumba que, amontonando ingentes masas de piedra, construyó Hércules para su amada Pyrene. Era ésta descendiente de Tubal y reina de España. Gerión habíala destronado y reducido a prisión. Hércules acechaba para comunicarse con ella y liberarla. Logró, al fin, burlar la vigilancia de los guardianes y acercarse a su amada, Pyrene, temerosa de las iras de Gerión, se resistía a seguir a su amado. «Ven —le decía éste con voz tremante—. Yo sé de un refugio edénico en el que nadie podrá encontrarte y donde nuestro amor estará velado por las más asombrosas maravillas terrenales. Allí serás dichosa eternamente».

«Pyrene no pudo resistir el tentador embeleco ni el lenguaje apasionado de Alcides y huyó con él. Mientras brincaba de peña en peña, llevando apretada contra el pecho entre sus robustos brazos a su adorada, le decía: «¡Cierra los ojos, ciérralos, amor mío! Es tan hermoso lo que vas a contemplar, que si aparece súbitamente ante tus pupilas corre el riesgo de quedar encantada». Y Pyrene cerraba sus ojos y se estremecía entre los brazos de su salvador.

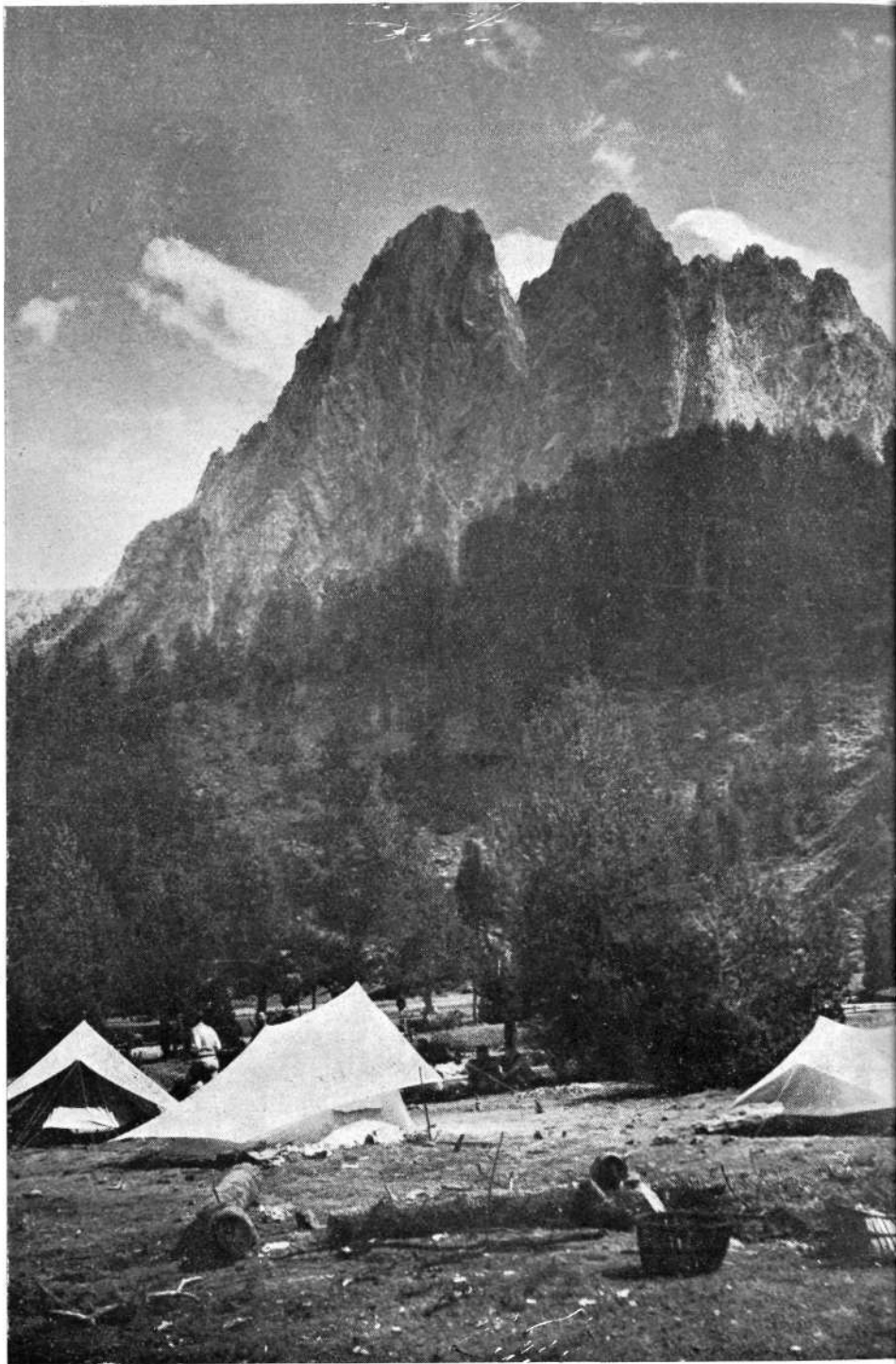
«El refugio de Hércules era el lago que hoy se llama de San Mauricio. Arrobadada por su hermosura vivió en él Pyrene horas de dicha inolvidables. Entretanto, Gerión, al saber la fuga de Alcides, montó en cólera y dispuso la persecución de los amantes, movilizandolos todas sus huestes y, entre ellas, los gigantes de la Grau, enemigos implacables del raptor.

«Siete de estos lograron encontrar una pista certera y se acercaron al lago. Lo rodearon y, para sorprender a los enamorados, abandonados a su idilio, se auparon sigilosamente sobre las montañas circundantes, pero al dar vista a la nava fué tal el estupor que tanta belleza les causara, que allí, en sus oteros, quedaron petrificados, encantados, para columbrar el divino panorama del lago eternamente.

«Los siete gigantes de la Grau son los siete picos que circundan la pródiga nava.»

¿Les ha interesado su sueño? El confiesa que sintió mucho despertarse.

ALFONSO de DIEGO
Del C. D. de Bilbao.



Fot. Gutiérrez Alonso

LOS ENCANTATS Y EL CAMPAMENTO
A ORILLAS DEL LAGO SAN MAURICIO.



Fot. Feijóo

LAGO DE SAN MAURICIO.